

From the Pastor's Desk

"Then he will say to you, 'I do not know where you are from. Depart from me you evil doers.'"
(Luke 13:27)

This Sunday's gospel provides us with an unsettling parable from Jesus about our potential exclusion from God's glory at the end of our earthly lives.

He tells his questioner that many, including those with whom he spent companionable time, will be refused admittance to heaven.

God knows that, except for Jesus and his mother, no human person is without sin. Seemingly, those who are excluded from his heavenly life must be excluded for something more than the sins they committed.

It is an unmerited gift that God loves us and wants us to be with him; however, our entry into his glory requires us to freely desire him, as well.

God wants us to recognize our weakness and misguidedness – to be poor in spirit, and to humbly place ourselves in his service – to realize that he loves us and to freely respond to the love he offers us.

We do not rightly respond to God's love by disregarding his presence in our lives.

We can do this in different ways. We can refuse to believe in God. We can refuse to believe in a just God who condemns people to an everlasting life without him. We can refuse to believe that we will be held accountable for our sins because they are not serious or they are excusable.

These different ways of approaching our relationship with God are one-sided and not a relationship at all. They make us the locus of concern and importance.

In fact, it is God who is the One of concern and importance. It is he who is the source of all life and our one hope for everlasting fulfillment.

It is not so much our sinfulness that keeps us from God as it is our defiance and obstinance in cooperating with his grace and sincerely pursuing a relationship with him, in which he leads us and we follow.

-Fr. Brian Kean

Desde el Escritorio del Pastor

"Entonces les dirá: 'No sé de dónde son. Apártense de mí, hacedores de maldad'" (Lucas 13:27).

El evangelio de este domingo nos presenta una inquietante parábola de Jesús sobre nuestra posible exclusión de la gloria de Dios al final de nuestra vida terrenal.

Le dice a quien le pregunta que a muchos, incluyendo a aquellos con quienes compartió momentos de compañía, se les negará la entrada al cielo.

Dios sabe que, excepto Jesús y su madre, ningún ser humano está libre de pecado. Aparentemente, quienes son excluidos de su vida celestial deben ser excluidos por algo más que los pecados que cometieron.

Es un regalo inmerecido que Dios nos ame y quiera que estemos con él; sin embargo, nuestra entrada a su gloria también requiere que lo deseemos libremente.

Dios quiere que reconozcamos nuestra debilidad y extravío, que seamos pobres de espíritu y nos pongamos humildemente a su servicio, que nos demos cuenta de que nos ama y que respondamos libremente a su amor.

No respondemos correctamente al amor de Dios si ignoramos su presencia en nuestras vidas.

Podemos hacerlo de diferentes maneras. Podemos negarnos a creer en Dios. Podemos negarnos a creer en un Dios justo que condena a las personas a una vida eterna sin él. Podemos negarnos a creer que rendiremos cuentas por nuestros pecados porque no son graves o son excusables.

Estas diferentes maneras de abordar nuestra relación con Dios son unilaterales y no constituyen una relación en absoluto. Nos convierten en el centro de nuestra preocupación e importancia.

De hecho, es Dios quien nos preocupa e importa. Él es la fuente de toda vida y nuestra única esperanza de plenitud eterna.

No es tanto nuestra pecaminosidad lo que nos aleja de Dios, sino nuestra rebeldía y obstinación al no cooperar con su gracia y buscar sinceramente una relación con él, en la que él nos guía y nosotros seguimos.

-P. Brian Kean